

# TIEMPO DE PASTORES Y CAÑADAS EN ABANILLA. DIARIO DE ESTÍO. (VIVENCIAS PASTORILES) (II)

---

Fulgencio Saura Mira

Hay que partir de Orihuela para vertebrar la ruta del pastor a su paso por esta zona geográfica, una vez que nos dirigimos por la Murada y se toma asiento en la Umbría cuyo paisaje conoce perfectamente nuestro amigo pastor. Lo hemos avistado en numerosas ocasiones yendo en pos de algún paisaje, que los hay en abundancia cuando se estrujan sus escorzos o se mira hacia lontananza, entonces se ajusta un embrujo singular, pues se dominan veredas que se encaraman a lomas en donde se da cita un casar, a veces es un corral aislado o un resto de cubículo pétreo sin sentido, puede que un resto de almazara, incluso se puede seguir con la mirada la línea del camino que se pierde entre unos riscos de la montaña seca y acartonada. Si nos aconsejamos de nuestro pastor nos encontraremos en este lar con la Cañada Rufina, cuya prolongación se insta en otras zonas que siguen hacia Pinoso y lo atraviesan, dejando a su costado pueblos menudos y sosegados como Los Martínez y Rodriguillo. Que por dicha ruta los viejos pastores salían en primavera para pastar en la Mancha con el fin de agostar, lo hacían por San Juan, dándose cita unos cincuenta pastores con mas de dos mil ovejas, pasando tres o cuatro meses en la zona, algo que formaba parte de aquella vida nómada del pastor, conjuntando espacios y vínculos de amistad que eran su gracia y mejor testimonio de aquella realidad casi soñada y vigorosa, digna de recuerdo que conforman ese guiño de melancolía que asume en este punto a nuestro amigo, cuando se deja llevar por la ternura de su recuerdo en fidelidad asumida. Mas arriba de la cañada citada y desliziándose hacia el centro del valle se encuentra la ya desaparecida de los Cañarizos, por donde se citaban gestiones de pastores y surcaban pactos solita-

rios, aunque en ocasiones estas rutas se bifurcaban dando la señal de sus caseríos como la de las Cortadas, lugar transitado por estos nómadas que seguían sus cuitas en fidelidad a su rebaño.

Por este entorno transcurría una paz nunca desdeñable que en los estíos ponía lumbre en el rellano, la rambla acusaba su tenor desde la angostura misma de su encuadre que requería la sombra anhelada por el personaje que en la Cañada de la rambla del Agudo se daba cita con otros, cerca de diez pastores para cursar la noche en unos corrales viejos que quedaban desde muy antiguo, pues era costumbre de pastoría de la zona acudir a la cima de este monte casi sagrado para pernoctar con las ovejas, mas de cien, para lo que portaban ropas y comida abundante. Era el momento adecuado para transgredir el orden de la civilización y dar rienda suelta a la mirada buscando en el silencio de la noche, entre tanto las ovejas descansaban, el clamor de las estrellas, allí, cobijados con la escueta techumbre de la majada, arrebujados con sus mantas, escarbando la delicia de esa situación que nosotros presentimos que es de privilegio. Y acaso pudiera ocurrir que, en la largura de la noche se avistara en la lejanía la silueta de algún vetusto caballero andante, de los que ya no se estilan, acompañado quizá por su escudero, camino de no se sabe donde, aunque sin duda que salvo el rumor del viento o el deslizarse de algún insecto, nada conturbaría la mente del pastor, pero a nosotros nos cabe la duda de la forma en que pasaba la noche en razonamientos singulares que, a la mañana siguiente, trasladaría a su familia. La rambla del Agudo se mantiene como en su origen, el pastor asimila su estancia y me transmite la dignidad de su pose y hasta dirige sus ojos hacia la montaña

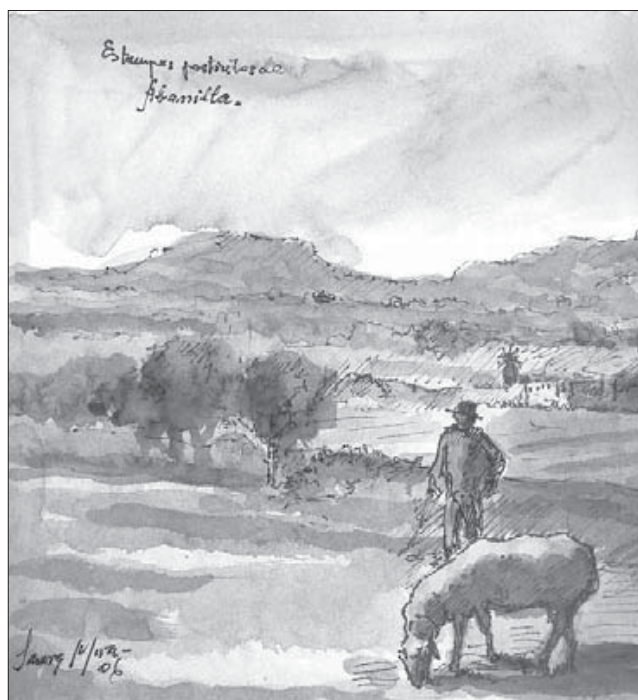
alejada por donde acudió alguna noche para cumplir con su oficio.

La mayoría de las ocasiones la cañada tomaba el nombre de alguna casa de labranza, esto era lo típico como en el caso de la Cañada de las Palas donde había en su momento una especie de cortijo, por cuya zona merodeaban los pastores, como en la cercana de las Porras se avistaban excelentes pastizales que eran muy buscados por aquellos.

Es lo cierto que estos cuitosos y almirados personajes, cuyos rostros están plenos de montes y ramblas, de azules y ocre, que conocen recodos alucinantes y prestan atención al ritmo de su corazón; tenían por costumbre no dejarse llevar por su egoísmo, dando prelación, siempre a los intereses de su rebaño, buscando el agua que diera sosiego a sus animales, encarándolos por los surcos del río que, aunque de formato minúsculo, atraía constantemente a cabras y ovejas, al ganado que pastaba por su derredor, cosa que al pastor le iba bien pues podía tomarse un descanso merecido, como recibir el refrigerio que había abandonado para otra ocasión. De manera que la ruta del Chícamo era fundamental, al menos una base para arrimarse en los instantes en que el calor dejaba su empaque y rigor en el mediodía. La Cañada Vacal o relacionada con la presencia de vacas, seguía a las mencionadas con anterioridad, una vez que dejamos la Umbría y tomamos una nueva ruta hacia El Partidor.

Paraje que se nutre de variada vegetación amparada en la sequedad de la tierra donde el río suscita encuentros señeros y se parte en dos para dar el agua a la huerta, asentada en recodos y brotes sabrosos, donde crece la palmera y se esconde el canalillo del agua que se vierte desde el puentecito, pues que desde la altura el paisaje provoca cadencias ajustadas de requiebros sabrosos, se perfilan senderos y se escucha el fragor del agua

mansa en algún nacimiento. Por su cercanía aparece la cañada de los Mañones sedimentada de silencios y citas de pastores que andaban sin los compromisos de pagos a los dueños de fincas, aunque lo hacían en sus tiempos de paso por heredades particulares, sumiso paso al pie mismo de la sierra del Agudo, por donde merodean aguiluchos y se aprietan las cuevas de soledades brumosas. Y aun se perfila en su derredor la cañada de los Plateros con su eficacia de cuitas sentidas y rasgos sonoros, para dejar constancia de la siguiente cañada de la fuente de los Canedas, ello a la izquierda del citado monte que se yergue manso y fiel a su misión por estos pagos de cantar menudo y suceso escueto. Que una fuente cursaba su estancia en tal sitio, como cita para abreviar el ganado, en cuyo espacio se delataban tres corralones para la estancia de las ovejas en noches mensurables. De tanta presencia era este paisaje que solían acudir los pastores para sus requiebros, alumbrando resortes de nuevos goces con aquiescencia de sus esposas que esperaban en el hogar el retorno de aquellos, pero sucede, que ya la apatía y el desconcierto; ha destrozado el con-



junto de estos habitáculos pétreos hasta desparramarlos por el olvido.

La cañada de Matas debe su nombre a la envoltura del paraje que era sustancioso de matorral y leña, por lo que amparaba un regocijante espacio, cual el de la cañada de Calcina, ello en dirección siempre hacia la zona del Partidor con su semblanza altanera y a veces imponente, como la que da nombre a la Cueva Negra fundida en peñón que forjaba un refugio almibarado de cientos de leyendas y escrupulosas citas de almas malignas que se compaginaban con el hedor de los ocaos invernales. Pues bien merece la pena atravesar este costado en reclamo de duendes, que los hay en ciertas horas del atardecer donde se cuenta, por pastores, algún que otro esbozo narrativo que aprieta la mente y dispone a espolvorear la imaginación, aunque después a uno se le llene el corazón de recuerdos insondables y se vaya notando el influjo de la naturaleza. Pero en todo caso se recuesta este embrujo en la soledad del paisaje que va escribiendo, sin que lo sepamos leer, toda una gesta de avatares por los costados de la cueva, por donde hace siglos seguían acudiendo los pastores en sus humildes y pacientes traslados de un lugar a otro, esquivando, según se dice, este punto negro, rigor de espantos y sugerencias de otro estilo. Pues de tal forma me lo han contado, que no tengo mas remedio que dejar constancia de ello sin que la fantasía se dispare en acomodos de diferente molde.

La cañada del Tuerto se nos dispone a plasmar su fragancia desde el sofoco de su tránsito, como empalme hacia lares diversos, cuando el trashumante tenía que dar constancia de su paso por la finca del “Tuerto”, al que, sin duda, se le había de abonar lo preciso, pues en caso contrario no se daba cumplimiento a la justicia, y es que el “tío Tuerto” bien dejaba hacer en estas ocasiones y remediaba el hambre con tales aditamentos, que no eran pocos.

Como el “Mudo” encajaba rasgos de convivencia desde las minucias que trajinaban por su entorno cuando se avistaba el estío o simplemente oteaba en lontananza la presencia del pastor con su rebaño, pues con este nombre se ha quedado la cañada que halla su asiento en este punto. Y sin ir más lejos se aproxima la cañada de la Culebra rozando estos límites, para desgarrar el encanto y suscitar el obligado paso del ganado ovino por la apretura de sus vados interminables, a veces amparados en escuetos rellanos y cuestas marginadas que conducen a viejos laberintos encallados y sin nombre.

El aljibe suscita un encuentro brioso siempre, robusto y cándido, recreador de toda una narrativa que huele a agua redonda y lluvia congelada. Paraje, en todo caso anhelado por el pastor que huele la estancia a tan solo unos kilómetros, pero se le llena la mente de un goce infinito, pues intuye la bondad del instante cerca de su efigie. Por ello la cañada del Aljibe era requerida y asumida como algo necesario que anunciaba una llegada, era la respuesta del pastor a su sufrido caminar, como parada en el sitio reclamado y necesario para tomar un tanto de agua, para dejar el rebaño a sus anchas, pues todavía se mantiene enhiesto el aljibe de nuestra grata semblanza, no lejano a la cañada del “tío Perea”, al que se le reconocía por su apostura en complacer a la vecindad, cuando la buscaba, una vez enroscado en la soledad de su tiempo, cerca del monte como único vecino de su juventud y vejez. Pues a veces el labriego se las tenía con otro personaje en cuestión que era Matías, dechado en la técnica del santo Job, ya que se alimentaba de los fastos de la naturaleza, ello desde que el sol salía hasta que se escondía en el horizonte, pero eso sí, dando gracias al Sumo Hacedor por el bien que le ofrecía de ver el sol rebrotando la hierba del campo, incluso solía merodear por la sierra y otear la lejanía que se imaginaba

formaba parte de otro mundo. Los pastores pasaban por la cañada de Matías y lo saludaban a veces, sin más, con la sola aportación de un –¡hasta luego!–.

Cañadas sonoras estas que se esconden por el recinto comentado, en la hondura del paisaje que nos conduce a espacios inéditos, por los que transcurre la culebra y se añade la matuja a su escondrijo; recodos huidizos que se pierden por veredas intransitables, se sujetan a sus cuitas lánguidas en espera de que alguien las mire, pues cada camino de pastor atiende a un conjunto de aspectos que tan sólo su mirada es capaz de identificar. Pero es que aparecen en estas apreciaciones majales abandonados, sitios en franca confraternidad con el silencio y el sofoco estival, pero se hacen elementales en su aislamiento como precisos y buscados en este oficio. De tal modo que era famoso el majal de Lovaina, en cuyos habitáculos pernoctaban las ovejas una vez que avistaban la referenciada cañada de Rufina, como enlace con otros senderos que animaban con sus elementos pétreos como el lugarejo que se da en llamar El Castillo, por cuyo espacio se observan unas cuevas, que antaño estaban utilizadas, abandonadas hoy, encuadradas entre unas paleras que conforman el paisaje tan seco como la cañada. O se delata en su cercanía el majal llamado la Piruja, que conformaba la tesis de que en su morada el pastor requería con habilidad a sus ovejas, para, una vez descansadas continuar en su caminar. Y todavía en el majal Zambuche, al costado de la cañada precisada anteriormente, se recogían con eficacia rebaños de más de cuatrocientas cabras, que ya era una gloria verlos juntos y mimados por la mirada de su dueño, como cuando se aprestaban en el majal El Charco, en las faldas del Agudo en dirección hacia El Partidor. Asombrosos resultaban estos remansos y moradas que servían para pasar la noche, encon-

trando en el descanso la calma del espíritu que daba nuevas energías al pastor y a quienes se juntaban para regocijarse entre conversaciones, nunca baldías, ya que era una forma de conjugar experiencias y sacar nuevas fuerzas en el recorrido y hasta podían refugiarse en el majal llamado Peñasco Negro, como radical manera de descanso, apartamento que conforma una estancia precisa y generosa en la vida de este hombre trashumante. Nosotros vemos estos corralones a veces en su completo deterioro, resquebrajados y como ruinas que fueron nobles moradas y que se aíslan en su envoltura caduca ya, como indicando que en sus piedras desordenadas se conjugaron, en tiempos, horas de agrado y sabiduría, aportando el remanso de una sensación compartida entre el hombre y su ganado. Y es que en nuestro contacto con esta tierra sagrada y seca, vigorosa y fértil en algunos tramos, una naturaleza que nos envuelve con su embrujo cuando asistimos a sus escorzos siguiendo la ruta del río que es el don de sus parajes; notamos fisuras, desgarros de los puntos cruciales que integraban estos itinerarios de pastores, estas vías en las que se asentaban corrales y abrevaderos: todo un envoltorio de aspectos que eran vitales en la vida pastoril, pues ni siquiera hallamos aquellas piedras de venerables molinos o zonas pétreas de algún azud por donde se dejaba caer el agua, proporcionando en su salto rinconada bella y dulce para el baño.

Nuestro amigo, el pastor Eugenio Ruiz, que no es tan anciano como para dejarse claudicar en su memoria de diestro personaje en el trashumar, ni tan joven como para animarse a seguir en su viejo oficio; sin embargo es un enamorado de su trabajo y con sus tres cabras se entiende perfectamente, hasta tal punto que con el alba las lleva a pastar por la vereda escueta que se asoma junto al vetusto establo, en cuyo interior se huele



a sacralizada vida rural. Pues es un sucinto espacio rectangular con un ventanal que da al vacío, con una techumbre recia pergeñada con madera de almendro, destacándose en su interior un sin fin de objetos que formaban parte de la vida campesina. Eugenio con su sombrero de paja, pues el sol cae en verticalidad, sigue con su faena de ponerle comida a su ganado que es tan menudo como mantiene su gracia la recién parida cabra que amamanta su madre, a la que se le ha puesto por el cuello un cencerro, que al caminar suena como algo que nos embelena. Trajina el hombre a su edad con cierta agilidad aunque el dolor de una rodilla le impide tareas de más envergadura y es que el pastor que tan amablemente me atiende, realiza ahora el trabajo sencillo, pero eso sí prestándole atención suma a su esposa que lo espera en la cercana casa y hace que cumpla con el horario prefijado por el médico en la toma de las medicinas, algo que Eugenio sigue con puntual aquiescencia. Pero ello no es óbice para que despierte su memoria en evocaciones de un tiempo pasado al contacto con la naturaleza, llevando a pastar a su gran rebaño de ovejas, más de quinientas en su época, por la cañada de Turailé, cerca del monte que se domina desde el corral en que nos encontramos, teniendo como diorama la silueta de enfoques de sierras por donde se escancian almendros y se apareja la soledad con el color soberbio de los rellanos. La verdad es que este paisaje soberbio nos inunda de diversas apreciaciones que dejan en el alma rico sabor a naturaleza, pues a pesar de la mañana estival, un airecillo grácil nos anima a conjugar espacios y añadir deleites de miradas por el silencio de los barrancos que se citan en sus propios desparpajos, se esconden en sus huecos de culebras y piteras secas y temblorosas, solitarias y tan bellas como si fueran las princesas del lugar. Desde esta altura consentida y dadivosa

se puede medrar en los ritmos de tierras que surcan la naturaleza, declaman su envoltura ósea y la visten de diversidad de gamas, pues en los primeros términos el ocre y amarillo abunda en su corporeidad, para luego trepar en lontananza en suaves grises que trepan por las grietas anárquicas que dejan huellas del tiempo, desde su geografía milenaria.

—Allí, precisamente, me dice el pastor, en la cima del Turailé se avista un gran paisaje, se deja ver unja relación de cañadas y de sendas curtidas por el oficio del pastor, se recrean en piezas sagradas de pasos de ganados que partían para la meseta castellana. Lo que en verdad justifica su tesis que es indudablemente la de alguien que conoce estos prados con sus sierras menudas y sus casas, sus corrales y barrancos que se adiestran en enfundarse y dar su razón de ser ante los demás, ante quienes como nosotros procuran no dilapidar el tiempo que es oro y tan fugaz como la vida, y por el contrario buscan esos hermosos instantes que las horas nos otorgan, pues pensamos con el poeta autor del Eheu fugaces ,que:

“El tiempo pasa,  
Y corre tan ligera,  
La vida que vivimos,  
Que casi no salimos,  
Al mundo, y, ya, la  
Muerte se ha llegado,  
La noche vuela ,  
El día no sentimos”

Tan cierto es ello como que la noche sigue al día o que la muerte nos espera en cualquier esquina. Que lo único que nos asiste es la duración como éxtasis de un pasado y un presente, un instante que comienza a perderse y va atrofiándose, envejeciendo, aunque pueda que ese esbozo temporal, de momento, nos llene de una ilusión encantadora, la única que nos embelena y hace que continuemos en la vida que nos queda, sin perder nada de

ella, asistiendo al néctar que la naturaleza nos ofrece y las sensaciones que nos invitan a soñar. Pues siendo todo tan fugaz nos enredamos entre cuitas de lisonja y disponemos a la lucha por buscar un tanto de dicha que tan solo se aprecia en estos coloquios, a veces monólogos con la soledad y el silencio de estos campos adustos y en los que penetra Horacio con su dulce ocasión de la palabra (5). Al menos los intuimos entre las sendas acurrucadas y los mansos ríos que discurren por los contornos de los valles, acaso por las cañadas dispersas que supieron de escenas pastoriles y cantaron odas a la naturaleza, a las noches de invierno y a la luz de los veranos, teniendo de fondo el firmamento como manto donde se conjuga la pasión con la verdad buscada.

Siguiendo con nuestra ruta en afán de querencias tan sensibles como el roce de la tierra, se nos presenta en la asombrosa huella de la Umbría la cañada o “ralenco”, que diría nuestro amigo el pastor; de los Carnajas, estando la rambla de por medio, presintiendo el rumor como testigo de algo efímero que va transcurriendo en la densidad del paraje.

Se estremece uno ante el perfil de los viejos sillares que ocupan rotundos quicios del camino, en tanto se da constancia de la cercanía de la carretera, al límite mismo de la cañada de los Airones que deja espacio corto hasta el lugarico de El Partidor, donde se asoma una vecindad pegada a su normativa de riego, tan usada como ambientada en la signatura del árabe.

Y es que desde estos rellanos, desde la claridad de este valle con anuencia de monte y camino encaramándose hacia algún sitio ; nos situamos en la horizontalidad de Abanilla, desde la anchura de su paisaje que se cuela por los minúsculos brotes de desconocidos cruces donde, a veces se destaca: en su sencillez apartada, una cruz con flores que nos indica la voz de la tragedia, pues de tales puedo

dar cuenta en nuestro itinerario, bien dando nota a la llegada de Ricabacica o pasando un delicado camino con tierras blancas y adjuntadas al barranco, presintiendo en la calidad y perfume de las flores que se estrujan con la cruz, la suave cadencia de una figura que no ha mucho las ha puesto allí, dejándolas como recuerdo, como única forma de dar constancia de una ternura infinita que nos colma y nos pone una llaga en el alma, compartiendo también este gesto de la persona que acaba de poner esa hermosa dádiva junto al recuerdo. Son los valores de la vida campesina que, frente a la civilización urbana, en la que estamos, nos da respuestas a preguntas fundamentales; nos hace pensar en el significado de la vida y de la muerte, de cada ocasión feliz de retener el aliento vital para mostrar en todo tiempo nuestra gratitud al Sumo Hacedor, pues aunque se difiera de aspectos tan sutiles como la fe y la presencia de la santidad en el mundo, sin embargo no cabe duda de la necesidad de tomar constancia de lo que somos y sentimos, de darnos cuenta de la pequeñez que somos y la grandeza de lo que observamos, hasta el punto de tornar a la invisible majestad de lo creado, a la necesidad de sentir el orgullo de haber nacido para tornar a la felicidad completa de la que habla San Agustín.

Con tales reflexiones anidamos en trochas y nos fundimos con la delicia de los encuadres en torno a la cañada del Salado, en el caserío de su nombre, que requiere un emplazamiento eficaz para alumbrar toda su estancia, que justamente se adiestra en convivencia con las cañadas de Ricabacica y del Arco que por si mismas sitúan el sabor de estos pagos que nos evocan recios núcleos de la vieja Palestina, dorados por el sol de cada día, rociados por siestas de fragancias prematuras al contacto con añejos molinos y almazaras de postín, vibrantes y sabias. Puede que nos percatemos en nuestro oficio de escri-

tador de estas vías, sin más ánimo que la satisfacción de la cuita paisajística, con otras cañadas adosadas a los límites de El Tollé con sabor a peña y trajín de tierra, cuyos nombres dejan la bravura de añejas secuencias de trashumancia por la cañada de las Carabinas, de los Coloraos, del Marcha y de Navarro, cursando espacios hacia Macisvenda. Ello sin callar la cañada de la Rufa y de la Hechicera, al costado del Turailé, por donde se dan cita rancios borregos de pastoría y queda constancia de sus espacios apartados y siempre solícitos a miradas de poetas horacianos.

Encaramándose por la cercanía del Turailé se asoma, en vecindad compartida, una casa que arrastra muchos años de antigüedad, la gente del lugar y en general algún que otro pastor la denomina la casa de la “Hechicera”, dando nombre a famosa cañada. Se encuentra en la cima de una loma en cuyos faldones se citan almendros y huye la rambla en soledad absoluta. Queda varada como barcaza que dejara años de funcionar, trenzada en su refugio anacrónico y ausente de lo actual, aunque otrora vivía en ella Francisca, la “hechicera”; sin más títulos que los que le diera la propia naturaleza, ya que por su propia identidad, que le venía de sus ascendientes, la mujer tenía unas creencias en torno a espíritus, a gestos que le imprimía la misma naturaleza y según ellos actuaba, apuntaba fórmulas y deletreaba consignas que trasmitía al común, es decir se dejaba comunicar con el más allá sin dar ninguna clase de explicación, de tal era tachada la mujer a la que llamaban bruja y sanadora pues retenía el origen de las plantas y buscaba de noche ramas ocultas con las que pergeñaba ungüentos que solicitaban los pastores y campesinos. Alguien de la cercanía, nos ha dicho, aunque está por confirmar, que en los años veinte del siglo XIX la cuadrilla de Jaime Alfonso El Barbudo, denominado facineroso, buscaba en la familia de esta mujer sus elocuentes aditamentos,

en casos de enfermedad de alguno de aquellos, pues tan solo se las tenían que ver con la naturaleza, con sus sierras y rinconadas rebuscadas, para no ser captados por la justicia. Lo cierto es que Francisca la mujer de este lar junto con su hija, a la que apodaban a su vez de encantadora, contaba con un influjo de muy sabrosa percusión, dejando extraños relatos entre pastores y viejos labriegos que ocultaban sus miedos, dejándose llevar por los hechizos de tan elocuente mujer. Precisamente sobre esta mujer me da referencias el pastor de Ricabacica José Antonio Ruiz, que con más de ochenta años conserva viejos recuerdos y todavía mantiene una lucidez de pensamiento muy estimable, como el pastor Iluminado Rocamora, oriundo de Abanilla, cuyas referencias son muy ajustadas a la versión que de Francisca he podido cotejar en el entorno. Desde luego la casa asume una sensación de soledad y abandono que deja rasgos de misterio, se nota como un sesgo de amargura y añoranza que delata cierto contenido de misterio. De todas formas se trata de una casa sencilla enclavada en la cima de un montículo que se domina subiendo por el puerto de la Yesera que conduce a Macisvenda, orillando en sus costados restos de estos habitáculos que dejaron luengos beneficios a sus dueños y que ahora son simples piedras amontonadas, rotas y deshilvanadas que se adhieren a las faldas de la sierra.

Ya anteriormente hemos ajustado cuitas con la cañada de El Capatel en la pedanía de Ricabacica cuyo trayecto se insinúa hacia el río, como dejamos la rambla y cañada de Manteca que se dirige a Balonga, lugar de delicia que conserva rasgos de rústica secuencia, fundido ahora en una soledad estremecedora.

La cañada de Mascasa parte precisamente de la casa de la Hechicera con dirección al Chícamo, consagrando todo un itinerario que forjaba esencias de una

trashumancia localista como la que en realidad formaba parte de este municipio

### VIEJAS CUITAS DE PASTORES

El paisaje por esta zona se abre en una anchura sin límite, brota el rellano o se enreda en el barranco una serie de veredas que señalan ocasiones de estremecimientos pastoriles que nos embelesan y nos disponen a meditaciones. A veces las casas que se dominan en la cima de algún que otro montículo nos indican, en su silencio abrumador, que hubo vida en ese sucinto espacio, que en ella vivieron pastores que se dedicaban a llevar su rebaño a pastar, salían de madrugada y tornaban al atardecer, porque aquellas familias de hace cuarenta o cincuenta años se dedicaban a esta faena, pero sin mas trascendencia, ya que no iban a otras zonas, pues que de ello dan cuenta la serie de personajes que se dedicaban a este trabajo y que ahora viven una vejez envidiable.

Pero nos gusta saborear cada camino y llegar al fin de la vereda, cuando no damos con el inicio de alguna cañada que se desborda en desviaciones sumas, que ya no conectan con las viejas cuitas del pastor que transitaba con más de quinientas ovejas, sabía como entretenerlas y encauzarlas a los mejores pastos, aunque lo hacía en el interior de cada pedanía. No dudo muchas veces en seguir el consejo de algún campesino anciano, de los que observamos con su cayado descansando en los bancos que se disponen en estos núcleos de población que son con los que mantenemos un agradable coloquio, cuando nos acercamos en nuestras investigaciones por esta zona geográfica tan estimable, pues estos hombres, ya jubilados, mantienen el orden y son el único vehículo de unir el pasado con el presente; son un testimonio magnífico que hay que conservar, los hombres buenos del lugar que nos dan la frase adecuada y señalan los hitos más entrañables para conocer cada pedanía, cada

paisaje, y por esto mismo les tengo un especial cariño ,pues me consta que muchos de estos viejos pastores y agricultores de Abanilla han desaparecido y los pocos que quedan se encuentran con diversas enfermedades, pues por ello requiero con insistencia reclamar el consejo d estos personajes inéditos que son el alma misma de la entidad.

Es por ello por lo que me aproximo en la mañana estival por este paraje donde tiene su nacimiento el río Chícamo, una naturaleza tan densa y rica en destreza ecológica que nos invita a cada instante a surcar su espacio, como me invade el deseo de aproximarme a sus cañadas y dejar constancia de su contenido El calor provoca su estela en el ambiente y apenas si se dejan ver estos viejecitos pululando por alguna calle, mientras el reloj de la iglesia da las doce campanadas y nos invita a rezar el Angelus en rememoración del misterio de la Encarnación. Pienso que se trata de la segunda campanada de la torre eclesial que convoca a este rezo, el segundo de los tres que desde el siglo doce se viene desarrollando en los campanarios de las iglesias cristianas y que el Papa Urbano II desarrolló en el concilio de Clermont, y la verdad es que se justifica con ello, o a mi me lo parece, la sugerencia tierna de la voz de la campana que es como una dádiva, como un regalo amoroso. En la tarde también nos convocará la campana a la tercera oración con el sabor de la Madre que nos acompaña a cualquier hora y de nuevo el pastor dejará sus ovejas para, como en el lienzo del pintor impresionista, ensimismarse con su alma en una plegaria, en tanto que su rebaño sigue en el sosiego de la paz del crepúsculo.

El itinerario se hace en ocasiones vidrioso, hay que conjugar el camino con la canícula, a veces con el aire invernal que sacude los otoños, aunque a veces se hace tolerable todo ante la justificación del resultado, en tanto que en otros momentos el viaje es harto duro y hay



que tornar al estudio con el ánimo decaído, pero en todo supuesto nada es tibio y la naturaleza nos acompaña siempre, nos sirve de refugio y de aliento, pues el camino es largo y la ilusión por averiguar espacios y cañadas nos infunde una esperanza completa, hasta el punto de necesitar seguir adelante, bucear por los olvidos y mirar quedamente las casitas y altozanos de la zona por la que andamos, que visualizamos, observamos en la soledad, a veces compartida por algún pastor que ya jubilado nos espera o encontramos en alguna taberna, de las que se suelen anunciar en insólitos sitios. Como el de la Cueva, en la cercanía de La Umbría. Un recodo de bodegón muy agradable que sus dueños, viejos labradores han adaptado en la intimidad de unas cuevas y en cuyo interior se puede degustar el clásico guiso de los campesinos. Incluso tomar el regusto de aquellos clásicos “cucurrone” que ya se utilizaban en la gastronomía oriolana y que eran alimento obispa en época festiva, pues que esta pitanza la saben cocinar los dueños de este bodegón fundido en un delicioso paraje y que lo hemos podido aseverar en los festejos de El Partidor, en los días del uno al tres de julio. Incluso este sitio es cita de campesinos y pastores que como Eugenio se acercan para conversar y establecer tratos con sus compañeros. Es curioso como en esta pedanía de tanto jugo y aire de pastoría se celebran festejos que mantienen sus peculiares aditamentos y donde la romería es una nota más para el regocijote de sus vecinos que cumplen cada año con este deber de llenarse de alegría en sus fiestas patronales, evocando sus famosos carnavales, cuando en el año 1952 lo celebraban con bailes y disfraces en la casa del “Recovero”, en la de “Juan Antonio” y en la de “Carmen”, la del “Antoñín”.

Suele acudir a esta bodega restaurada un viejo pastor que conoce las cuitas de la persuasiva trashumancia de la zona, dis-

tinta como se puede advertir de la castellana, aunque en tiempos se relacionaba con aquella.

Iluminado Rocamora, que es el pastor al que nos referimos, cuenta con setenta y ocho años y aún se funde por cañadas y veredas solitarias para llevar a pastar a sus cabras en un acto de negocio particular lo hace para seguir en su oficio que reclama horas y sabiduría, lo desempeñó durante toda su vida, desde los trece años de edad y sabe que seguir una ruta por la cañada, formar parte del tinglado del paisaje y afrontar el calor y el frío es algo que forma parte de su trabajo, que no ha de abandonar, aunque lo haga en pequeñas dosis pues ya no tiene los cuarenta años de entonces, pero se conserva y conoce a la perfección cada espacio, abrevadero, fuente, cañada, establo y corral de Abanilla, que es la tierra donde ha nacido.

Lo mejor de todo es que ha sido testigo en los años cincuenta del siglo XX, de aquella auténtica trashumancia de pastores que desde Castilla, Cuenca y otros lugares solían acudir a esta parte a invernar, venían hasta cinco pastores con más de mil ovejas y acampaban en la Finca del Reloj, que en aquel momento era muy amplia y tenía siete labradores a su cargo. En ella se agrupaban diversidad de elementos como abrevaderos, un gran aljibe y pozo que abastecía de agua a aquellos. Era costumbre, una vez que se habían dado cita en esta finca muy renombrada entre aquellos personajes, repartir el ganado, dividiéndolo en tres partes que se dirigían a sus pastos en la zona del Mediterráneo, pues unos se afincaban en San Pedro del Pinatar, en Campoamor, en la finca El Romero. Permanecían durante tres meses, para tornar otra vez a Cuenca.

Era importante la estancia de estos pastores en el Reloj donde se solían hacer fiestas muy en relación con sus gustos, reclamando danzas y bailes compartidos. Los pastores solían hacer una ruta llegando por la Raja de jumilla, o atravesando el

caserío de Fortuna, Caprés de Fortuna, lugar este de muy buen pasto y requerimiento pastoril, pero ello sin abandonar la cañada de las Fuentes en el término de Abanilla.

Este evento se dejó de hacer en los años cuarenta, por motivaciones de la guerra civil patria entre otras cosas, pues se abandonaron estas costumbres que ponían unión entre compañeros que podían compartir instantes de felicidad en las fiestas que se desarrollaban en la finca mencionada y que nos recuerda con agrado Iluminado Rocamora, quien suspira por el paso del tiempo y la desidia en que se encuentran las cañadas y veredas de Abanilla, algo que ya no se respeta, como se han perdido las ventas que se encontraban en distintas zonas de la ruta requerida, pues una se situaba en la Raja, aunque otras, como la de los Collares y del “tío Soré” se conservan en la zona de Campules.

Se refugia nuestro amigo pastor en las cuitas pasadas de pastoría que le compensaban de otros problemas; se emociona al tomar contacto en el recuerdo de aquellos pastores, que con más de cuatrocientas ovejas bajaban por la cañada de Mahoya para buscar el abrevadero tan típico y anhelado por el ganado. A veces los pastores se servían de los mulos para llevar esteras que luego disponían sobre el prado. Aquellos años transcurrieron y como dicen otros expertos en trashumanca, todo ha desaparecido, al menos no se sitúan las clásicas paradas de los pastores, ni se aprestan a conjugar el trabajo con el ocio necesario. Todo ello pertenece al pasado, a un pasado que todavía no es recóndito pero que ha sido desgarrado por los nuevos conceptos de una ecología que va tomando envergadura.

La verdad es que el paisaje que se funde con las sierras de Alicante, que traducen sus momentos precisos entre límites preclaros y que se integran, como cuñas, en el paisaje murciano; va mostrando todo un tratamiento de veredas y cañadas que



se pierden y que tan solo son retomadas por la mirada del viejo pastor que apenas se deja ver por estas pedanías, en torno a Macisvenda, siguiendo por el poblado de Barbarroja, donde se ensancha el prado y van continuando por zona alicantina. Pero nos importa marcar espacios y desligarnos de otras casas como la muy sugestiva de Galiana, donde hace años anduve con un pastor que conocía los pormenores y correrías de nuestro ya tratado Alfonso El Barbudo, que por estos lares se le conoce, como cada uno de los picos de sierras por los que anduvo, máxime, cuando en los años veinte del siglo XIX era objeto de múltiples miradas dispuestas a su captura, la del facineroso bandolero que influido por las huestes realistas, se empeñó en burlas a la justicia y poner en trance a los pueblos comarcanos, entre Santomera y Fortuna. Lo que consigue, como se demuestra en el expediente estudiado sobre la captura del facineroso Jaime y su cuadrilla, de los años 1820 a 1823, donde se observa toda una intensa actividad procedente de Murcia y de Fortuna para ponerlo a disposición de la justicia, y en este ínterin, de cuyo tratamiento hemos dado datos en algún libro, se decantan las disposiciones de pastores como conocedores

de cañadas y puntos esenciales de las sierras, en este caso de la Pila, para llevar a buen término la anhelada captura.

Por ello el pastor es un técnico en vías pecuarias, en caminos solitarios y apartados, en ventas y cañadas, en corrales y otros núcleos que se pierden entre montes y senderos, ellos son capaces de remendar narraciones que se escuchan en alturas de la sierra o que dejan su empaque, en forma de leyenda y de decires, en llanos desangelados, con el hervor de la sequedad que comparten los campesinos en sus majadas, donde apenas se nota, en este momento, la presencia del labrador que acompaña a su rebaño.

Nos hemos cuidado mucho de tomar contacto con angulaciones y quebradas, con barrancos y ramblas que escuchan la letanía de la sequedad, por donde apenas apura una hila el río Chícamo, cuando se pierden en laterales y se acurruca en el azud descuidado de Mahoya, por donde antaño los críos iban a bañarse. Pero todo eso sirve de emblema y símbolo para continuar en nuestra buena disposición de investigar cerca de los sitios y penetrar por veredas y espacios pastoriles, aunque ahora todo se silencio y el sol queme la tierra.

En la misma Macisvenda ronda un núcleo de pastores que pueden entonar el himno de un pasado glorioso en materia de trashumancia, aunque como dice Braudel, esta se entienda desde su sentido de localidad, sin la necesidad de gestionar largos tránsitos o de emplear un tiempo necesario para la llegada y venida del ganado, en sus ciclos de verano e invierno. Según me indican los mas viejos como Antonio Ignoto, pastor que fuera a lo largo de su vida; en esta pedanía apenas si de da un trashumancia ajustada a los cánones del pasado, pues el que tenía una “punta de ganado” que estaba en las veinte ovejas, tan solo las llevaba a pastar muy de mañana, para tornar al atardecer. Normalmente se dirigía por la Cañada Honda que por cierto da nombre a una calle, por la

que he pasado y desde la que se domina un ramblizar apretado en caminos y encuadres de piedra blanda que se escurren y dirigen por rotundos senderos y veredas marginales, apenas reconocibles, se pierden y ajustan a sus itinerarios ignotos, de tal gesto que desde la calle alta se domina un hermoso paisaje de secarral adusto, por donde apenas se sitúa una sombra, porque no se dibuja ningún árbol en su entorno. Esta cañada nace en la pedanía citada y termina en Mahoya. En su ruta se marcan centros de encuentros de pastores, abrevaderos y majadas, como cuevas, entre las que destaca la del Cabezo Negro, en cuyo ámbito cabe considerar algún retazo de leyenda que nos conduce a versiones con drama enraizada en la presencia de la Encantada, que desde Caprés sigue informándonos de alguna situación con la que se ha enfrentado el ganadero, pastor o labriego de cada zona. La presencia de esta cañada retiene argumentos suficientes como para pergeñar un ensayo vivencial, donde se sitúa la visión de nuestro pastor ya jubilado, concededor de cada senda y de su dificultad por la permanencia en la cañada durante el estío.

Al norte se destaca la Cañada Blanca en ruta hacia el Cantón, partiendo por el cementerio que obra en la cima de una colina y en cuyo contorno se observaba excelente pasto a base de hierba muy apetecida por las ovejas. La cañada Herrada también se inicia en esta pedanía y termina en el Cantón.

Por esta zona los auténticos pastores apenas si contaban con algunas cabras, pero eran pacientes y servían su oficio como el mejor. La mayoría han desaparecido, aunque alguien nos recuerda que se llamaban Juan Antonio, Marco Alonso, José Ruiz, oriundos de Macisvenda, pero otros lo eran de El Tollé, el de Pedro Ruiz Marco, Cayetano Tenta, Aquiles o Bonifacio Ruiz, todos ellos concedores de la tierra, de sus posibilidades y caminos y veredas, de sus fuentes, como la del “Sente” en

la que nacía agua y era cita de pastores para calmar la sed y de vez en cuando “embiscar” pájaros.

La zona paisajística de esta ruta nos embriaga y hace que, en el estío potente, nos deslumbremos con la visión de las montañas que se alejan o de los barrancos que se recuestan en sus lomas sesudas y viscerales, de tierra amarillenta que se derrama y presta sus heridas al caminante. La carretera lateral sigue su itinerario con otro afán, mientras en las cimas de las lomas se asoma alguna que otra casa envejecida, apagada, cerrada y pudriéndose, pero esto es algo que estamos acostumbrados a contemplar. Forma parte de lo que era hace más de cuarenta años el auténtico paisaje dispuesto en una convivencia de pastores y campesinos que habitaban en las Casas de labor con sus corrales, majadas y establos, realizando una vida entrañable y rústica, empapada en el ritual del campesinado y donde se satisfacían las necesidades con un menor agobio que en nuestra sociedad urbanizadora, nunca harta de progreso.

Por el sutil, embriagador paisaje que nos encontramos a la salida de Macisvenida con dirección a Barinas, damos de bruces con vaguadas, rellanos, asideros de viejos árboles como la añosa encina que se recuesta ya, por su corpulencia y vejez, sobre la tierra: encuadres con bancales que nos hablan de una nueva vida agrícola, pese a la desazón del labriego que mantiene su pose de paciente hombre ante la sequedad en que se encuentra todo, pero las mismas piedras de los casones rotos y podridos, por los que apenas se destaca una ventana con sus palos, nos llevan a sensibles añoranzas, conturbándonos el alma ante tanta desolación.

En nuestro viaje por las pedanías de Abanilla damos cuenta de toda una serie de espacios untados por la gracia de la vida pastoril, donde se amalgama el suceso entrañable con la paz de la naturaleza, algo que por conocido no deja de ser

importante dado el momento en el que vivimos donde la civilización nos introduce con todas sus consecuencias. Incluso conocemos pagos por los bordes de Barinas que nos llaman la atención, por su atuendo y atavíos que hacen reflexionar sobre lo que fuera antaño todo este paraje que se vienen en llamar por los campesinos que hemos consultado, Corrales del Torció (7), que muestran una estampa cálida y plena de escenas de tierra consagrada a la existencia de cada día, tierras dedicadas al pastoreo como su emblema fundamental.

A medida que va pasando el tiempo toda esta zona que describimos se deteriora y a la vez entona un ademán de abandono que tememos va en detrimento de la pervivencia de las vías pecuarias que formaban parte de la misma, pues la denominación del paraje nos informa de su elocuencia y de su densa significación, como escenario de todo un ritual ahorrado en el contagio de una ruta de pastores, de envoltura de trashumancia capaz de provocar todo un manual de expresiones de pastoría, con la envergadura de sus cañadas reales y veredas por las que transitaban viejos ganaderos hacia otros lares relacionados con la Mancha, cabe la ruta de Yecla. Pero a su vez todo este paisaje nos emociona por la dignidad de las vestiduras que lo envuelven, que son las únicas que nos pueden proporcionar satisfacciones estéticas de singular grado. Y es que en cualquier ángulo se anota la fragancia de un casón abandonado o a pique de naufragar en el anonimato, que deja en su silencio un hermoso legado que el albacea ha de traducir desde sus letras peculiares e inéditas, como si ese testamento ológrafo y por tanto personal, mantuviera signos de singular valor, como queda latente en su cuerpo formado por sillares centenarios, con sus huecos por los que se cuela algún pájaro o culebra dejando en su interior algo de ternura que tan solo se aprehen-



de en estos monumentos inéditos y campesinos; se congela el alma de sus espacios consolidados por la soledad nunca apagada, sino mas bien compartida por los ojos del poeta que es capaz de mirar, de desentrañar sus rasgos y buscar la fórmula eficaz de su tonalidad arquitectónica. Realmente nada es baldío en el paisaje, nada inaccesible a la evocación, pese al deterioro, muy a pesar de la sin razón que aparentemente se deja escanciar en el rostro apagado de su figura, pues al fin y al cabo no deja de ser un vetusto case-rón consumido por la inercia del tiempo que todo lo arrebató, como indicándonos que nada merece la pena, sino las buenas acciones, de las que ya da cuenta Salomón, pues al fin y al cabo todo lo demás es un vaniloquio.

No obstante nuestra capacidad nos dirige a perfilar con mejor criterio todo este paisaje que enlaza una serie de veredas, todo un acopio de mensajes de pastoría que colman nuestras apetencias de vislumbrar por el prado la huella del trashumante, con sus refranes de nómada acostumbrado a visionar cada lejanía, a buscar con delectación el buen pasto para su ganado.

Estos Corrales cuentan con gratos senderos por donde se fundían pastores con labriegos dedicados a faenar en la tierra, se acercaban a estipular tratos y corrían a suertes su trabajo, pues lo inmediato era sobrevivir y dar constancia de su existencia. Resulta que esta zona es densa en veredas que, según constatan los mas viejos del lugar, eran fundamentales para la vieja trashumancia, antes de que se revolviera la Mesta en simple asociación de ganaderos, englobando trabajos diversos, aunque en consonancia, que de ello saben mucho los campesinos jubilados que detienen sus vidas en la otra labor del recuerdo.

Se avistaban fuentes y se conjugaban prados por donde la letanía del lobo era una cita constante en el paisaje. Habitaban

gente con su propia historia, que este tipo de cuitas me las han contado sus exiguos habitantes, una vez que se recorta la llamada vereda de la Fuente Seca, en los Corrales de la Tercia, por el escorzo entrañable del Remanso de las Calderas y el típico denominado “Remanso de las mujeres”, por la cantidad de damas que se daban cita en estos prados con afanes diversos, pues estos sentidos rebuscados en los remansos quedan en la sustancia de una vida pasada que deja constancia en los surcos de lo evocado y nostálgico.

Se carga por estos andurriales una soledad de tierras y barrancos, de casas arrumbadas en el tiempo, que nos delata algo de eternidad, como de cansino regazo que se deja someter a los afanes de la apatía mas acusada. Apenas si se otean agricultores o algún que otro pastor por senderos olvidados, pues por el contrario, se arrima al casar el duende del olvido y nos obligamos a reflexionar sobre la vida y la muerte. Ni siquiera se deja estremecer el aliento de algo que pudiera destilar algún signo de vida, porque todo se engulle en un aposentamiento de silencio, de tierras reseca que se tumban a su holganza y desmesura, pero en su interior se escarba, porque lo sentimos, el espíritu de estos corrales saturados en su día de reses bravas y rebaños que sesteaban en las horas mas duras y recogidas, cuando el valle entero reposa a sus anchas.

Descubrimos por estos lares señales de viejos rellanos, de casas que conservan sus nombres: remansos quietos y alejados, destripados ahora por los rayos del sol, cerca de algún que otro prado, por donde el campesino tenía a su cargo la faena de cazar los conejos, como se apuraba en el otro trabajo de la vendimia. Por esta zona, casi olvidada, habitaban familias como la del tío Antonio y Felipe, conocedores del terreno y de la forma mas eficaz de avituallarse de esparto para ser utilizados en menesteres femeninos, pues se dice que las mujeres apuran su eficacia en esta manera de

enroscar la pleita y trazar, con sus manos regordetas, la gracia de esos objetos que conforman el habitat del pastor, incluso son diestras en pergeñar los célebres capachos de las almazaras, que abundan por este contorno. Se despabilan por estos límites veredas que, como la de la Boquera, paralela a la clásica de la Fuente, sigue ruta hacia la vieja almazara que no es más que un humilde y desnudo caserón que se consume como un cadáver en la llanura. Queda aferrado a la tierra, cosido a la faja de sus costados como desplumada fiera que se deja dismantelar, aunque conserva su rumor de aposento del campesino, almacenando en su interior restos de su viejo obrador, donde se molturaba el aceite una vez que manos vecinales llevaban la oliva recogida en mañanas y tardes de trajines milenarios. Uno puede apetecer el olor del succulento hogar roto y alienado, acaso soñar con los rostros de aquellos personajes que supieron dedicar sus vidas a estas labores, gozar entre las ventanas sagradas de la almazara; seguir la ruta de sus antepasados y llorar sus tristezas. Solo que a veces no merece la pena o quizás sirva para saborear el tiempo que nos tienta a bucear por el pasado. Desde luego se me enciende el alma al mirar estos habitáculos encallados en la tierra, durmiendo su eternidad, con sus atuendos enroscados en su interior: piedras solemnes de la urdimbre del recio mausoleo de algo que tuvo su empaste y su olor, como al dar cuenta de alguna que otra bodega arrimada a la cueva inédita que deja una pose de melancolía, como si fuera un diseño de un dios pegado al lar y sometido a la señal de la caducidad.

Los viejos del lugar, cuando doy con ellos, me ayudan a saborear la lejanía de una vida que tuvo vigor allí mismo, cuando se daban cita en la casa de Pepe Flores, de la Pascuala o de la tía “Torcía”, que pudieron dar acomodo a una serie de relatos que tan solo quedan en la mente y el corazón de estos viejos, pero que apenas forman parte de la generalidad, porque

tan solo se insertan en la nomenclatura de lo que forman parte de estos Corrales, por donde se enfila la calvicie de alguna loma y se desgasta la tierra que, por estos bordes retiene, una sequedad agobiante.

### **VIEJAS SECUENCIAS PASTORILES POR FORTUNA Y ABANILLA**

Conviene hacer un alto en el camino para dar paso a ciertas informaciones que desde el documento dieciochesco, se nos ofrece en esta materia de trashumancia desde la zona de Extremadura y Jaén por tierras de Fortuna, Abanilla y Murcia. Hechos que se constatan ante la presencia de toda una documentación ajustada a un momento determinado, referente al siglo XVIII y que dejan ecos de algo vivo que tiene un interés muy acusado, con datos sobre ciertas costumbres pastoriles, como la relación del mayoral que había de trasladar el ganado de su dueño y afincarlo en apriscos de invernadero, para lo que había de tener el poder adecuado del dueño del ganado lanar, como hacer la consiguiente postura ante el concejo que precisaba su intervención, ello en la fecha relacionada con San Miguel, pastoril a todas luces; lo que deja una serie de aportes y anécdotas dignas de tenerse en cuenta.

Nos encontramos en el Archivo de Fortuna con una serie de expedientes relativos a los años 1790 y siguientes, bajo el título de: “Autos de Azimientos de las yerbas de los cuartos de esta villa en el presente invernadero.”. El título ya nos apunta todo un capítulo de actividad ganadera que pone en relación la forma de tomar constancia con el invernadero existente en la villa, denominado “cuartos de invernadero”, por lo tanto podían utilizarse para invernadero, por pastores de otras tierras, como de hecho se da constancia en numerosos expedientes, dada la importancia de la situación del mismo, como se pone de manifiesto en el año 1791 en la solicitud de Fernando Ibáñez, vecino de Villa Nueva de Lajara, mayoral de don Francisco Luis

de Oma, quien le otorgaba sus poderes para realizar la gestión ante el concejo, a través de su postura, que en este caso supone la cantidad de dos mil quinientos reales, con la condición de hacer dos chiqueros de ochocientos pasos cada uno, ello a tenor de los usos y costumbres de la trashumancia, con la exigencia de que los ganados debieran mantenerse en la jurisdicción de la villa de Fortuna, evitando con ello situaciones que en años anteriores se habían complicado bastante, pues los ganados se tenían que quedar a dormir en el pueblo, debiéndose hacer el último remate dos días antes de San Miguel. El tema era de envergadura, por lo que pasaba de inmediato a su curso administrativo y donde el secretario José Sánchez Fernández debía llevar a cabo el mismo con su completa tramitación, utilizando el ritual” (5) que en estos supuestos se realizaban, guardando el tiempo necesario para recibir la nueva postura, que se sacaba a voz del pregonero y se le otorgaba a su mejor postor. Este hecho nos interesa por cuanto nos pone de manifiesto la presencia pastoril en Fortuna, donde se gesta una inquieta trashumancia ganadera que se utiliza para el invierno, con la presencia de los chisqueros. Por lo tanto conviene no olvidar, que en el siglo XVIII es intensa esta forma de trashumar desde tierras extremeñas a la zona levantina en busca de los pastos de invierno, aunque se precisa que esta compleja actividad estuviera legalizada, con los enlaces jurisdiccionales debidos, a los efectos de que no hubiera error en la seguridad del ganado, y por supuesto, el mayoral había de tener en perfectas condiciones su documentación. En algunos se precisan lugares para la estancia del ganado lanar, pues se referencia alguna zona de Abanilla, como la Casa de D. Sebastián Caballero, línea recta del agua del Tolé, “(TOLLÉ), en zona abanillera: un espacio muy promiscuo en veredas y fuentes que hacían digna la estancia del ganado en este paraje.

Nos interesan por tanto estos aspectos que inciden en la defensa de nuestras vías pecuarias por las tierras que referenciamos, pues sabemos que en Fortuna se decanta la vereda Real con todo su significado y encaje, que se sitúa en la sierra de la Luga de Molina y se introduce por conductos de la Hortichuela, donde nos introducimos no ha mucho observando una potente calidad de sendas y espacios con nacimiento de fuentes y abrevaderos, de corralones y majadas de singular atracción. Por estos sitios alejados, que convergen en la sierra del Carche, se observan pastores con ganados, más de quinientas ovejas, bien pertrechados y que conducen por tierras que tan solo conocen y que suelen apartarse de las miradas de quienes buscamos información al respecto, pero en todo caso nos alumbró sobre algo que tenemos conciencia: sigue la pequeña trashumancia a niveles locales aunque se desplieguen los pastores y no se aúnen en sus tradiciones y usos. Fortuna en este sentido cuenta con una fuerte tradición en los hábitos y costumbres pastoriles.

### **CAMINANDO POR ZONAS PASTORILES DE MACISVENDA**

En esta ocasión la mañana de Agosto nos deja un tanto de respiro al apreciarse un viento agradable, de tal modo que no podemos por menos que requerir la presencia del viejo pastor al que ya conocemos: Antonio Ignoto Quiles, que habita en una casa de la calle mayor que fuera vieja vereda, para que nos acompañe, como avezado conocedor de ganados y surcos, de caminos y cañadas, por aquellas rincónadas más apartadas y en las que se fundieron añejos proyectos de la vieja ganadería, ello desde la calidad de la cabaña en estos parajes cuyos nombres, de por sí nos incitan a la investigación, pues no en balde la presencia de los llamados Corrales del Torció, como ya hemos señalado, nos trae ecos de la trashumancia pasada.

De momento al pastor lo que le intere-

sa es acudir al sitio donde se encuentra el aljibe comunal que fuera a su vez abrevadero, en cuyo espacio, casi abandonado, se cierne un pleito vecinal ante la imposibilidad de abrevar las escuetas cabras que acuden al tradicional abrevadero. Pues lo que sucede, según lo observado, es que el aljibe es un simple resto, ruina de la que no se puede sacar ni una gota, ya que la sequedad es aquí robusta y tampoco hay agua para abrevar el ganado por muy pequeño que sea. Pero el aljibe se eleva con cierta clase y su entorno apunta algo que pudo tener intensidad en su momento, cuando los vecinos utilizaban su agua para su abastecimiento y no era suficiente el que procuraba el río Chícamo, al estar mas retirado.

Nos encontramos en una esquina de Macisvenda, en los "Aljibes", que advierte la presencia de casas viejas y nuevas, en la misma salida del pueblo hacia la Boquera. En su interior, como zona de vereda vieja, se encuentra la fuente Molina, que buscamos con ansiedad, ya que según nos indican era esencial en el paso de ganados hacia el Cantón, por cuyas crestas se profundizaba hacia Yecla, continuando la cañada mas importante, pues las anteriores, Blanca y Seca, ya las hemos dejado en otra dirección, sigue la llamada Honda, por donde se otean los senderos que hartaban a los pastores y porfiaban en buscar lugares más amenos para su caminar, pues quien desee otear las barrancadas de la vieja cañada puede darse cuenta del infierno que era atravesarla con el ganado hacia espacios de Ricabacica. Nos dirigimos en esa dirección para encumbrar la noble fuente que diera tanto que hablar a pastores y vecinos de la villa, por lo que nos encanta superar vueltas y de vez en vez encontrar al labriego cerca de su casa vieja a la falda de un montículo, con tal carácter, que nos apetece saborear sus piedras y tomar contacto con el establo o corral donde moraba el ganado. Lo hacemos en

compañía del campesino que a trancas y barrancas, por fin nos abre las puertas de su mansión azotada por el tiempo y rubricada por la serie de colañas que se asimilan en sus huecos. Pero con todo nos interesa este habitáculo que formaba parte de la vida del campesino, como nos embruja el caserío que con el nombre de los Uliques se nos presenta mientras subimos hacia la fuente. Nos enfrentamos ante una serie de ruinas que semejan una barcaza anclada en el tiempo, con diferentes mansiones, algunas recias, pues su constructor empleó un material adecuado con piedra sillar, aunque la mayoría de estos habitáculos que nos dejan excelente impresión en la retina, ya forman parte de alifafes que caerán, de un momento a otro. El color de sus piedras nos ponen en trance de hacer un dibujo, pero me supone cierta tristeza ver como estos aposentos del pastor, del labriego, se recortan y sumen en un silencio de muerte. Cerca del mismo se vislumbran otras casas de su misma estirpe, que conviven con los nuevos edificios que nada tienen que ver con el paisaje.

Seguimos hacia la fuente y de pronto damos con una asombrosa ruina, de tal grado, que el mismo pastor que nos acompaña puede dar crédito de su estado, pues tal es el enigmático lugar en el que nos encontramos.

—No puede ser—, nos indica Antonio, que con su bastón se arrima al sitio para fijarse si en realidad es la fuente que buscamos, pero finalmente ha de confirmar su mal estado.

—¡Parece mentira, que dejen las cosas en tan mal estado; aduce.

Tan solo aparece un pozo seco y unos canales de piedra destrozados, cerca de un bancal en el que se está plantando recios olivares, en tanto que la vieja fuente Molina, de tanto carácter y lugar de llegada de ganaderos, a su paso por esta cañada, ha desaparecido.

Pero esta es la realidad y no hay que



divagar. Los investigadores y estudiosos de este tema dan por supuesto el hecho de la apatía de los concejos mas pequeños. Señalan la importancia de dar constancia de sus vías pecuarias antañonas como de lo poco que queda de sus corrales, abrevaderos y fuentes, como esta que nos procura un cierto desaliento y desde luego tomamos nota de su situación.

Lo más lamentable de todo esto es que hasta el pastor amigo, Antonio Ignoto, oriundo de Macisvenda, se queje de esta muestra de apatía por los mismos agricultores que no dieron parte de ello al organismo competente. Ahora ya es tarde y nada se puede hacer, máxime cuando todo nos indica que en esa zona de huerta se va a proceder a nuevas plantaciones, dejando al margen la que fuera fuente Molina: cita de pastores y de agricultores.

Quedan en la memoria del pastor el nombre de cañadas y veredas como la de la sierra del Cantón, que se inicia en el río Chícamo, continúa hacia el barranco de la sierra, sigue por la Boquera hacia la casa del Lobo, pasando por el collado de las Gachas y se dirige hacia la Mancha, que era uno de los caminos mas señeros de la trashumancia que se hacía por esta zona, llegando los pastores para invernar o bien saliendo de Macisvenda, para agostar en aquellas tierras lejanas.

La calle mayor o de San Juan Bautista de Macisvenda era la vieja vereda que utilizaban los ganaderos en sus caminos. Nace en el río, con dirección a la Fuente Molina y continuaba hacia la Boquera. Por aquí, nos recuerda nuestro amigo pastor, pasaban hasta quinientas ovejas. De esta vereda salía un ramal, "El Calaor", en dirección a la Cañada Blanca, hacia la Boquera, por los Marcos de los Corrales.

Se fraguaba de esta guisa todo un orquestado espacio de cañadas y veredas que han ido desapareciendo paulatinamente. Tan solo quedan en la mente de estos hombres, pastores del lugar que fueron manteniendo la situación de ellas,

aunque a veces se admiran, como lo hace Antonio, al otear la Fuente Molina que no es más que un recuerdo, algo que le sorprende ante la situación en que se hallan las veredas y cañadas, los majales y abrevaderos en los que hace tiempo se daba cita con otros compañeros. Las veredas pasaban por el lugar de las yeseras, que dan nombre al puerto, que desde el Tallé llega a esta pedanía y señala encrucijadas de diversos paisajes y con muy buena acogida en la serie de vías pecuarias que se encuentran por la zona, realmente apartada pero impregnada de casas de labor, de corrales en ruina y cuevas que soportaron la soledad del trashumante: vieja figura que ya no se encuentra.

En Macisvenda había dos yeserías de las que tan solo se advierte un montón de ruinas en su cubículo, donde se forjaba el yeso con la piedra cocida en el interior de las boqueras que se llenaban de madera y se prendía fuego. Se dejaba de esta forma durante un tiempo determinado, para después recogerlas en carros, y que las llevaban a las eras y se procedía a lisorla al máximo, por lo que empleaban las mismas ruedas del carro o el mazo y hasta el cedazo para que estuviera completamente arenosa, ya que se empleaba en la albañilería para la limpieza de las fachadas, muchas de las cuales se pueden ver en la misma pedanía. Una de estas yeseras pertenecía a Francisco "El Cojo", y la otra era propiedad del tío Pascual. La verdad es que quien suba hacia este paraje por el puerto, una vez que deje la llamada casa de la Hechicera, tan nombrada por estos pagos, puede darse cuenta de unas ruinas apagadas junto a la falda de las montañas, como una vez pasada la curva que lleva a la pedanía, aunque un tanto alejada y a las faldas mismas del monte. Son las dos yeseras que dieron vida en su momento y de la que queda un sabor de cierta melancolía, al ver la dejadez en la que se encuentran.

Continuará.